

## Tres Campanillas.

Terminar la carrera universitaria se considera un hito sin precedentes, y que para la mayoría de graduandos, amerita una juerga inaudita. De esta manera, una de estos nuevos profesionales inicia su día lleno de energía, dejando de lado que ya estaba pasando del medio día y que se levantó como si de una zombie se tratase.

*-(Ay Jesús... ¿Qué hora es? ¿Qué día es? ¿Esta es la casa de quien?)-* Piensa mientras ronda el lugar, aún desorientada, hasta que da a parar a la cocina, quedándose frente al microondas *-(¿Quién quiso calentar un helado con todo y la cucharilla?)-* Esa y muchas dudas con respecto al lugar donde se encontraba recorrían su cabeza, pero, al menos alcanza a ver la hora pantalla agrietada del microondas *-(¿Es la una de la tarde?... ¡Es la una de la tarde!)-* Toda resaca y malestar alguno desaparecieron debido a que, había caído en la cuenta de que era su primer día de trabajo en la cadena hotelera de un amigo de su familia, y ya iba tarde. Dando saltos y

tumbos por doquier, y conduciendo por la ciudad a toda velocidad, la joven recepcionista llega a su destino, estando tan arreglada como podía estarlo, mientras camina por el lobby; recibe la poco cordial bienvenida del gerente del hotel, conociéndose en el proceso. Tras un repaso de treinta segundos y una mirada de total desconfianza, la recién amanecida y llegada, queda a cargo de la recepción, para recibir a los clientes que pudieran llegar *-(Está bien, primer día, al menos no puedo ir a peor, así que a dar mi mejor cara)-* Suena la campanilla por primera vez, se trataba de un hombre alto, que denotaba que lo estirado no estaba solo en su físico-.

El hombre, conforme habla, muestra otras dos cualidades, ser intimidante e impasible, no se había ni presentado y ya estaba desconforme por no recibir la llave de la habitación donde iba a hospedarse, la joven sin saber ya que decir, simplemente consulta su nombre en la larga lista de reservaciones, yendo nombre por nombre, cosa que hizo pensar al hombre que estaba

lidiando con “una niña sin experiencia” y sin idea de lo que hacía; esto solo provocó más inconformidad en él, miraba su reloj de bolsillo y con la punta de su zapato seguía el ritmo del segundero, no dejaba de repetir su nombre y el número de habitación. Por su parte, la joven iba tan rápido como podía, estando al borde del colapso por la presión provocada por tan imponente cliente, pasados dos eternos minutos, da con el nombre y con un pulso algo tembloroso le entrega la llave de la habitación 3/69, con la mejor sonrisa que podía ofrecer. Al final, el hombre aceptó la llave de mala gana y sin decir una palabra más, solo siguió su camino.

No había tenido ni tiempo de recuperarse de la experiencia previa, y ya se estaba escuchando la segunda campanilla, esta vez se trataba de una señora de edad avanzada y un infante, fue fácil entender que se trataba de una abuela y su nieto; buscaban información del hotel y sus horarios, además, el niño repetía de forma incesante “¡Quiero la clave del WI-FI!”. Para suerte de la joven, lo único que

había estudiado con antelación durante los cuatro años que estuvo en la carrera fue la información de hotel, por lo que, sí bien algo torpe y siendo constantemente interrumpida por la exigencia del niño, aclara todas las dudas. Una vez brindado el servicio a la señora, procede a dirigirse al niño, ya sin un ápice de paciencia, únicamente señala a la barra donde se encontraba atendiéndoles, en la madera estaba estampada toda la información que la señora preguntó y por supuesto, la clave del WI-FI del hotel; si bien el gesto no tenía la intención directa de ofender, ni al niño ni a su consentidora abuela les hizo gracia, por lo que aprovecharon el correo de sugerencias del hotel, que también se veía en la información de la recepción, para dejar una muy específica queja del servicio recibido. Sumado a la situación, estaba presente un dolor de cabeza persistente, cuyo origen no se sabía si era la falta de sueño o el hecho de que en las últimas treinta y seis horas solo hubiera consumido alcohol para sustento de su organismo.

El siguiente en estar frente a la recepción era una personalidad que sin duda alguna se encontraba a la altura del servicio, se trataba de un adulto de mediana edad, baja estatura y aún menos cabello, estaba adornado por unos lentes oscuros y una sonrisa rebotante de alegría y confianza, la cual solo se justificaba por su acompañante, una chica alta, bella y muy jovial. El individuo hablaba y actuaba con total naturalidad, como si las columnas de la estancia de ese hotel fueran las de su sala, si bien su nombre no aparecía en la lista e ignoraba el número de su habitación, dejaba en claro que quería "las llaves de la habitación de siempre", a pesar de la confusión provocada él no se mostraba nada incómodo o impaciente; es más, palabra a palabra estaba acortando la distancia con la desprevenida recepcionista, que no sabía ni estaba en las facultades de actuar de ninguna manera que no fuera la sumisión...

Suena la tercera campanilla, esta vez era el mismo gerente, que había escarniado a la joven horas atrás,

quien con ese sonido agudo y contundente consiguió romper el hilo argumental del individuo. De manera precisa, le indica la posición de la llave deseada a la joven, destacando que junto a donde estaba había una etiqueta que llevaba escrito "la de siempre"; al final la pareja se despide y prosiguen su recorrido, dejando a la joven aún en shock por la situación y al gerente que, originalmente había ido por la queja dirigida a la recién llegada, pero, después de ver la situación en la que estaba optó por dejarla pasar por esta única vez.

*-Puedes considerar este día como la bienvenida a la empresa, por cierto, debes cumplir las horas de retraso que tuviste-* Dice para luego entregarle una copia de las llaves de la habitación 3/69 *-El huésped de esta suite tuvo un serio problema estomacal y necesita servicio de limpieza, ah y una última cosa, tienes treinta minutos antes de que vuelva para dejarlo todo impecable-* una vez aclarado el asunto, marca su ficha de salida y se despiden cordialmente.

Montiel, Gimena.